

Enrique Garcés, Medico y duende como Espejo.

BENJAMIN CARRION

Era una llama viva. Apenas sonaba el detonante, y él corría a cargo del incendio. Viejo defecto el mío -entre setenta mil- el de soñar despierto, el de fabular proyectos y planes con palabras. Y él, Enrique Garcés, ya estaba caminando el camino de la realización. Tenía los ojos ciegos para la dificultad, para el obstáculo, para ese tremendo, helado y paralizante:

“Pero doctor...

*Años trabajó conmigo en la Casa de la Cultura recién nacida, esperanza-
da, siempre con los ojos abiertos. Siempre con la mente lúcida y móvil. Siem-
pre con la voluntad lanzada hacia adelante... Y él, Enrique, cargando en sus
espaldas poderosas, el peso dramático de los grandes indios:*

*- Rumiñahui... ¿Por qué endiosamos al matador analfabeto, Benalcázar
y humillamos o, por lo menos, olvidamos la víctima gloriosa, Rumiñahui? ...
En México -que ambos amábamos y sigo amando yo- se glorifica a Cuathémoc,*

“Unico héroe a la altura del arte”,

*según el verso de obsidiana del mayor de sus poetas, Ramón López Velarde, el
de “La Suave Patria”. Y jamás se endiosa a quienes nos mataron. Creando -¿ver-
dad Octavio Paz?- el término de mayor infamia: el “malinchismo”*

*-¿Y Espejo? ¿El gran indio Espejo, padre auténtico de nuestra naciona-
lidad? Era Francisco Chusic, “lechuza”. El símbolo del ave que tiene ojos para
ver en la noche...*

Esos ojos que nos faltan. Y por faltarnos, no podemos ver en esta noche que nos hemos inventado, dentro de la cual vieron claro Miranda, Espejo, Nariño...

De las manos nobilísimas y la mente clara de Humberto Mata Martínez "el ñaño Mata" recibió la Secretaria General de la Casa de la Cultura, a los pocos años de su fundación. Trabajamos juntos. El siempre llegaba las mañanas con los ojos iluminados y las manos ágiles. Y esa generosidad comprensiva para prestar el concurso a las gentes, a todas las gentes, jóvenes y maduras, de izquierda o de derecha, que llegaba a esa fuente de generosidades -la Casa- en busca de comprensión y apoyo.

Como su ídolo inspirador, Enrique era médico. Y a su profesión dedicó, en plan apostolar, gran parte de su mente y de su corazón. Llegó cargado de méritos y de obra, al Decanato de la Facultad de Medicina. Era la madurez fecunda. Era la posibilidad, muy bien aprovechada, de seguir los pasos del mayor de los ecuatorianos de la historia: Espejo, Médico y Duende, como él lo llamara en una biografía insuperable...

Otavalo. ¿Se han fijado ustedes? las gentes de esta región, productora de maestros y el Yamor, pueden acaso ganarse el procerato del amor a su tierra, a su patria chica. ¿Cómo se entregan a su progreso y su prestigio! De allí los maestros, los "enseñadores" de sabiduría para todo el país. De allí los narradores, los investigadores, los exploradores. Me precio de ser -yo que he venido del "último rincón del mundo", patria de la quina, de Carrión Pinzano y Jaramillo Alvarado- el ecuatoriano cuyas amistades mayores, cuyas máximas admiraciones, las ha encontrado en esa tierra de lagos y artesanía.

Pero quiero, casi como anécdota final, recordar a los otavaleños algo que acaso han olvidado: cuando, por arte de nuestra política, en el año 1931, ocupé transitoriamente el Ministerio de Gobierno, el mejor regalo que quise hacerle a Otavalo, fue nombrar a Enrique Garcés Jefe Político de su amada tierra. Tenía apenas pocos años. Era apenas estudiante de Medicina... Y él comprendió la intención y se fue orgulloso a gobernar su ínsula.